

**LA TEOLOGÍA Y LA CRISIS MUNDIAL.
PALABRAS DE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO
DE TEOLOGÍA 2002-2003 (GRANADA, 9.10.2002)**

*Antonio M. Navas Gutierrez, S.J.**

Seguimos con la brújula bastante perdida tras los atentados de Septiembre del año pasado. El estupor dejó paso a la reacción solidaria con los agredidos. Luego vinieron los intentos inmediatos de solución, para evitar que algo tan desolador se repitiera y, pasado un año, nos encontramos con que la unanimidad inicial se ha resquebrajado y la desconfianza desplaza a la solidaridad. Porque ya no parecen tan claros los móviles ni tan legítimas las metas que se persiguen, al menos por lo discutible de algunos de los remedios que se barajan a la hora de superar la amenaza que supone la violencia irracional.

Contemplando este cuadro, alguno de los textos del Concilio Vaticano II parecen sonar a utopía irrealizable y conviene recordarlos ya que no fueron publicados para tiempos mejores que los que nos ha tocado vivir. En aquellas circunstancias empezaba la aventura de los Estados Unidos en Vietnam y la amenaza de un holocausto nuclear parecía mucho más real de lo que nos parece en estos momentos. Ante un cuadro sombrío que todavía traería como secuelas la invasión de Checoslovaquia por las tropas del Pacto de Varsovia, el asesinato de Martin Luther King y la crisis social que estalló en Francia en Mayo de 1968, leemos lo siguiente en el número 92 de la *Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual*, uno de los documentos más importantes del Concilio Vaticano II:

«La Iglesia, en virtud de la misión que tiene de iluminar a todo el orbe con el mensaje evangélico y de reunir en un solo Espíritu a todos los hombres de cualquier nación, raza o cultura, se convierte en señal de la fraternidad que permite y consolida el diálogo sincero.

Lo cual requiere, en primer lugar, que se promueva en el seno de la Iglesia la mutua estima, respeto y concordia, reconociendo todas las legítimas diversidades, para abrir, con fecundidad siempre creciente, el diálogo entre todos los que integran el único Pueblo de Dios, tanto los pastores como los demás fieles».

* Rector de la Facultad de Teología de Granada.

Esto supone que la Iglesia es consciente de que será realmente fermento de solidaridad y entendimiento entre los pueblos, en la medida en que sea capaz de vivir con «mutua estima, respeto y concordia» «todas las legítimas diversidades» que existen en ella, fomentando «con fecundidad siempre creciente» «el diálogo entre todos los que integran el único Pueblo de Dios», o sea, «tanto los pastores como los demás fieles». Porque el Espíritu hizo comprender a los padres del concilio que lo que nos une a todos es mucho más que lo que nos separa, y que la uniformidad nunca ha sido la mejor solución para los problemas de la Iglesia. De lo contrario Él mismo, el Espíritu, no podría expresarse, a través de las personas, con la diversidad de dones y frutos con los que las enriquece. Por eso añaden los padres conciliares un consejo para todos, sacado de la sabiduría secular de la propia Iglesia:

«Los lazos de unión de los fieles son mucho más fuertes que los motivos de división entre ellos. Haya unidad en lo necesario, libertad en lo dudoso, caridad en todo».

Esta última frase la toma el concilio de la primera encíclica de Juan XXIII, *Ad Petri Cathedram*, dedicada al «conocimiento de la verdad, y a la restauración de la unidad y de la paz en la caridad». Esta encíclica vio la luz cuando ya habían sido convocados tanto el Sínodo de Roma como el Concilio Vaticano II. Juan XXIII se alegra en ella por la favorable acogida de ambas convocatorias y, tras recordar que la Iglesia Católica se siente depositaria de la verdad revelada por Dios, y que no puede traicionar la conciencia de haberla recibido a través de la Escritura y de las tradiciones oral y escrita, añade el párrafo que hizo suyo más adelante el propio concilio, que es el siguiente:

«Existen [...] no pocos puntos, a propósito de los cuales la Iglesia deja libertad de discusión a los teólogos, no sólo en cuanto que se trata de cosas no del todo ciertas, sino también, como indicaba el célebre escritor inglés cardenal John Henry Newman, en cuanto que tales discusiones no rompen la unidad de la Iglesia. Sirven, más bien, para una comprensión mejor y más profunda de los dogmas, ya que preparan el camino para esta comprensión y lo hacen más seguro. De hecho, del desacuerdo entre las diversas opiniones siempre surge una luz nueva. En cualquier modo, hay que tener siempre presente aquella hermosa y bien conocida frase, atribuida en diversas maneras a autores diferentes: en las cosas necesarias hay que tener unidad, en las dudosas libertad, en todas caridad».

El propio papa destaca que esta frase ha sido utilizada acertadamente en

muchas ocasiones a lo largo de la historia de la Iglesia. Donde cabría esperar una llamada a cerrar filas, nos encontramos con una invitación a contemplar la discrepancia teológica como una verdadera ayuda para la renovación que necesitaba la Iglesia Católica y que él se sintió impulsado a promover convocando un concilio a escala universal.

Resulta revelador que, en su primera encíclica, se inspire en un hombre de Iglesia, convertido del anglicanismo, sospechoso de heterodoxia en tiempos de Pío IX y cardenal de la Iglesia Católica con León XIII. Este párrafo es tan significativo de la actitud intelectual y creyente de Newman, que no extraña que se haya aludido con frecuencia a él como «el padre del Concilio Vaticano II». Al hacer suyas sus palabras, Juan XXIII era consciente de que el concilio por venir iba a tener que enfrentarse a una gran diversidad de opiniones, ante las cuales los padres conciliares deberían estar en disposición de aprender y de salvaguardar siempre la caridad, sin miedo a que estas diferencias de enfoque pudieran amenazar la consistencia interna de la Iglesia Católica a la hora de abordar una renovación en toda regla.

En la época de Newman, la Iglesia de Francia optaba por la formación exclusivamente pastoral de su clero, mientras la Iglesia de Alemania (con planteamientos similares a los de Newman) se decidía claramente por la formación académica y el diálogo interreligioso fecundo. Su visión de futuro y la capacidad de aprender de lo bueno que había en las confesiones cristianas no católicas (particularmente en los campos de la investigación teológica y bíblica) posibilitaron el que en su seno florecieran teólogos y pensadores, cuyas obras sirvieron de base, en gran medida, al resurgimiento de la teología católica que hizo viable la celebración del Concilio Vaticano II.

El que un papa de sensibilidad tan pastoral resalte en su primera encíclica la importancia que tiene para la renovación de la Iglesia el que en ella se mantenga abierta la posibilidad de la discrepancia, guiada siempre por la caridad, no hace sino subrayar la enorme clarividencia de un papa del que se podría decir todo, menos que fue un intelectual de raza. Si por algo brilló, fue por su sentido pastoral de la evangelización. Pero, como hombre abierto a Dios, supo comprender que la fe que no sabe encajar los retos de la época en la que le toca vivir, acaba siendo infiel a su propia razón de ser. Sus propios fieles, se verían seriamente defraudados, si no se les capacitara para el diálogo sincero, profundo y honesto con cualquier forma de pensamiento o de enfoque vital de los que interpelan a cualquier persona que viva realmente en el mundo que le ha tocado vivir.

Este tipo de consideraciones, respaldadas por la autoridad de un papa

que ha colaborado con el Espíritu en dar a la Iglesia Católica el mejor instrumento de renovación que ha tenido desde el Concilio de Trento, son las que animan a instituciones como nuestra facultad a investigar, contrastar y dialogar, sin prejuicios ni reservas mentales, con toda persona o institución que esté interesada por participar en la mejora de la persona, de la familia o de la sociedad. No sólo para ofrecer lo que se nos ha dado sin mérito nuestro, sino para recibir también lo que los demás son capaces de ofrecernos. Creo sinceramente que es así como nuestra facultad puede contribuir (en la medida de sus modestas posibilidades) a promover la paz, el entendimiento mutuo y el aprecio profundo entre las personas. Creemos honestamente que, con ello, seguimos el consejo de Jesús, que nos invitó a ser como su Padre. Su Padre, que lo es también nuestro, no deja nunca sin su sol o su lluvia a un solo hombre ni a una sola mujer, por el mero hecho de no estar de acuerdo con sus ideas o con su conducta. Su amor le hace superar estos reveses y seguir dándonos todo tipo de oportunidades, aunque le conste por experiencia que no vamos a corresponder, por ello, a la generosidad que brota del cariño que nos tiene.